

Santo viera jugar un momento antes en el amplio cristal de la ventana heríala de lleno, inundando de luz su rostro, verdaderamente hermoso, y que, no obstante su beldad, producía en el conde el efecto aterrador de una cabeza de Medusa.

Con instintivo movimiento de retroceso deslizóse hasta pegarse al mueble que acababa de violar, como si pretendiera incorporarse á él. Quiso hablar, y sus labios se movieron para formular las palabras, pero no llegaron á producir sonido alguno. Había en los músculos de su cara contracciones y muecas espantosas, como las que se observan en los momentos de agudas crisis, en la fisonomía de los locos furiosos. El conjunto en fin de la expresión y de la actitud demostraban palmariamente que aquel hombre, acostumbrado á burlarse de los mayores peligros, hallábase en aquellos momentos bajo el imperio de un terror invencible.

En cambio la mujer que acababa de entrar lo contemplaba con asombro, detenida junta á la puerta que acababa de darle paso, y sin pronunciar una sola palabra.

Tras esfuerzos inauditos, el conde logró al fin despejar la lengua; pero fué para pronunciar una frase que tenía algo de conjuro incoherente, como si el miedo, un miedo superior é irrazonado no le permitiese la libre coordinación de las ideas.

— ¡Tú!... ¡Tú otra vez, maldita argelina!... — dijo con voz hueca. — Estoy en tu casa... Sí, ya sé que estoy en tu casa... Vienes á reprocharme mi acción, á quitarme de nuevo el dinero del hijo legítimo... Esta vez... ¡ah, no, esta vez no puedo batirme contigo, rabiosa, rabiosa!

Hablando de este modo procuraba ocultarse, poseído de pánico insuperable, y echaba espuma por la boca, como si fuera víctima de la hidrofobia.

Si la difunta Malaquea hubiese podido verlo en aquel estado, habríase considerado suficientemente vengada. Pero la mujer que estaba allí no era Malaquea, aunque por ella la tomara Enrique. Era el espectro de lady Macbeth que llegaba á ofrecerle de nuevo la lucha; pero el recuerdo agudo de la mordedura que hubo de darle la agonizante hacíale cobarde. Por eso rehusaba el combate.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

EN EL QUE EL COLLAR SANGRA

Dejamos la compañía de la vizcondesa de Aubinesco en el momento en que, después de haber obtenido algunas semi-confidencias del camarero Francisco, habíase decidido á abandonar el gabinete Pompadour, del restaurant Baratte.

Pocos momentos antes, y temeroso de que aquellas personas, que lo conocían, pudiesen verlo, había desfilado el conde de Corpo-Santo después de oír cómo la vizcondesa suplicaba á las señoritas de Kerbiroet que la acompañasen para descansar en su casa y pasar en su compañía un día más aún. ¿Cómo podían rehusar las dos hermanas oferta tan cariñosa y tan razonable, puesto que en el hotel de ellas no había nadie? Corpo-Santo tomó pues el coche completamente persuadido de que la invitación de la de Aubinesco sería aceptada.

Y sucedió todo lo contrario. La hermana de Edmée hubo de contestar en los siguientes términos:

— No sabe usted, señora, cuánto agradecemos su invitación; pero somos tan apegadas á todo lo de casa que no nos sería posible dormir en camas diferentes de las nuestras. Además, la molestia para usted... no, señora, muchas gracias.

La vizcondesa no replicó nada por el momento, pro-

metiéndose insistir más tarde, y todos abandonaron el restaurant.

Jaffary abrió la portezuela de un coche de cuatro asientos y ayudó á subir á las señoras, despidiéndose de ellas enseguida, porque pensaba trasladarse á pie á su alojamiento de la calle Dauphine. Por su parte Jorge, algo avergonzado, y lamentándose interiormente y en inglés de las fantasías de la vizcondesa, no tuvo más remedio que instalarse en el pescante al lado del cochero.

Jaffary marchaba lentamente por la calle de San-Denis, y como se hallaba solo ocupábase en un trabajo mental muy importante.

Sin saber porqué, por una especie de intuición que tenía sus puntos de contacto con el odio africano que profesaba á su feliz rival, al prometido de la que él amaba, iba el joven estableciendo una concomitancia entre el conde de Corpo-Santo, el Kadjar y el Bajá de Janina encontrados en la Opera y el audaz curioso que agujereara poco antes el tabique del gabinete particular, sin duda con el objeto de oír el relato de Amy.

El bueno de Jaffary era, como se ve, un analista; también resultaba un profundo observador.

Aun cuando una pasión invencible le dominaba, pasión inspirada por Yvona de Eparville, su amor no le cegaba hasta el punto de impedirle ver la belleza incomparable de Amy y el rostro encantador de su hermana. Más aún, comprendía que la joven bretona, su ídolo, quedaba eclipsada, como mujer, por aquellas dos estrellas, pero la prefería sin embargo, por razones que tiene para ciertas cosas el corazón, y que son de las que no se discuten.

Sin dejar de andar, aunque lentamente, procuraba el joven recordar los incidentes de la reunión habida la antevispera en casa de su protectora la vizcondesa de Aubinesco. Ahí hubo de sorprender algunas palabras de doble sentido, poco favorables al conde, que le obligaban á pensar que el tal individuo debía ser al fin y al cabo un vulgar aventurero. Rico, sin duda, muy rico; y precisamente porque lo creía así, Jaffary pensaba que no era posible que la codicia del dinero, de un tesoro, por fabuloso que fuese, pudiera hacerle perder la noción de su rango y convertirlo en un ladrón.

— ¡Pero si no es por eso, — se preguntaba, — qué se proponía ese hombre al hacer un agujero en el tabique?

Al formular esta interrogación hallábase Jaffary en la esquina de la calle de Rivoli, y en ella se detuvo en un momento, pretendiendo, aunque en vano, descifrar el enigma.

— ¡Ah! — exclamó de pronto. — Sí, eso debe ser... Torpe de mí, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Anteayer miraba á Amy que parecía que quería comérsela con los ojos. ¡Y la pobre Yvona, engañada de ese modo!... Porque ese hombre es muy capaz de engañar á su prometida... ¡Qué imprudencia, la de las dos hermanas, de irse solas á ese caserón tan grande!... Razón tenía la vizcondesa de querer llevárselas á su casa...

Preocupado con estas ideas reanudó el joven su marcha: sólo que sus reflexiones habíanle hecho cambiar el itinerario, y en vez de seguir en derechura hasta el Sena, para ganar el barrio latino, continuó por la calle de Rivoli en dirección á los Campos Eliseos y tal vez hacia la avenida del Bosque de Bolonia donde tenía así como un presentimiento de que debía desarrollarse un drama.

Mientras tanto, la vizcondesa de Aubinesco, envuelta en su abrigo y recostada muellemente en el fondo del coche, insistía en sus propósitos de hospitalizar á sus jóvenes amigas.

— Tengo la seguridad — decía — de que se calumnian ustedes acusándose de maniáticas; y aun espero que no querrán ustedes ofenderme negándose á aceptar la hospitalidad que de todo corazón les ofrezco.

— ¿Ofenderse? — preguntó Edmée. — ¿Pero es posible que nuestra insistencia moleste á usted en lo más mínimo? Francamente, yo no lo comprendo. Ya hemos abusado bastante de la bondad de ustedes, me parece. Y puesto que terminó la calaverada que hemos hecho, lo natural es que todos vayamos á descansar, que buena falta nos hace. Mire usted á Yvona: se está durmiendo sentada...

— No hablemos de molestias, señorita; creo que no he dado á ustedes motivos para suponer semejante cosa.

— Porque es usted muy buena; y esta es una razón más para que nosotras no abusemos.

— Como usted quiera, diablejo; — replicó la vizcondesa amenazando á Edmée con el dedo. — Con usted no hay medio de discutir. Pero ¿no tendrán ustedes miedo, solas las dos en una casa tan grande?

Edmée sonrió como con lástima.

— Lo digo — añadió la vizcondesa, — porque lo que es yo, en lugar de ustedes, no estaría muy tranquila, sobre todo después de lo del agujerito de la barrena, y sabiendo que existe el tesoro. La verdad es que no deja de ser una imprudencia guardar en casa una fortuna semejante.

Esta vez fué Amy la que contestó.

— ¡Bah! — dijo riendo. — Hemos vivido tanto tiempo junto á él sin sospecharlo siquiera, que su presencia nos tiene sin cuidado. Además ¿qué quiere usted que ocurra? ¿que intenten robar? Pues perderían el tiempo los ladrones. Verdad es que nuestros criados están ausentes, pero tampoco eso tiene importancia. Yo creo tener más valor que todas nuestras domésticas reunidas, dicho sea sin alabarme. Y en cuanto á Edmée... Edmée es tan fuerte como un hombre. Crea usted que no recibiría mal á los ladrones, si se presentaran, que no se presentarán.

— Bueno; — dijo la vizcondesa suspirando. — Sea como ustedes quieran. Las dejaremos á ustedes ahora en su casa, y cuando el marqués regrese, ya verán ustedes de disculparme cerca de él. Siquiera que mi responsabilidad quede á salvo...

Cuando el carruaje se detuvo frente al palacio del marqués Trogoff descendieron de aquél las dos hermanas, quienes después de besar á Yvona y á su tía y de estrechar la mano del clubman, abrieron una puerta de servicio, de la cual tenían la llave, cerrándola inmediatamente tras ellas.

Subieron luego por la escalera principal alumbrada ya por los primeros fulgores del sol naciente, y se separaron besándose cariñosamente.

— Que duermas bien, monina.

— Lo mismo te digo.

— Y nada de pesadillas, ¿eh?

— No hay cuidado; y tú llámame si tienes miedo.

Era Edmée la que hablaba con este tono protector.

— ¿Has visto que descuido de chica? — dijo al llegar á la puerta. — Esa aturdida de Pauleta ha dejado la puerta de mi cuarto de par en par.

— Lo mismo ha hecho Claudina con la del mío; — replicó Amy.

— Vaya, que descanses.

— Sí, hasta luego.

Dicho esto entornaron cada una la puerta de su cuarto respectivo, sin sospechar siquiera que si las habían encontrado abiertas no era ciertamente por culpa de las criadas, sino porque el conde Enrique de Corpo-Santo acababa de pasar por allí; si llegan unos momentos antes, se hubieran tropezado seguramente con él.

Ya en su dormitorio, Amy se encontró algo cohibida viéndose sin la acostumbrada ayuda de su camarera, quien de ordinario la desnudaba y la vestía. Antes de proceder á su tocado que no podemos llamar nocturno por ser ya día claro cuando la joven se disponía á acostarse, fué á correr las cortinas de una de las ventanas, abriendo por el contrario la otra, la que alumbraba directamente un gran espejo de cuerpo entero. De esta última se limitó á cerrar la persiana, sin pensar siquiera en mirar el balcón ni el jardín, hecho lo cual reintegróse tranquilamente al interior de la habitación.

Es muy probable que las cosas hubieran pasado de otro modo si Amy hubiese sido más curiosa ó menos confiada, y seguramente no se habría encerrado en su cuarto con tanta calma de haber sabido que había alguien en aquel balcón cuya persiana acababa de cerrar.

Pero Amy no se percató de ello, y terminados sus preparativos para acostarse, y ya desvestida, se acercó al gran espejo. En él vió reproducida su imagen alumbrada uniformemente por un lado de luz tamizada y dulce, y llena por el otro de bandas alternadas, luminosas y oscuras, debidas á la reflexión de las hojas de la persiana, que dábanle cierto aspecto de mujer serpiente que hubo de disgustarla.

— Sí que estoy fea de este modo, — pensó la joven, un tanto confusa de verse desnuda ante el espejo. Y de-

cidida á no verse más reflejada en la luna inmensa, y queriendo por otra parte alcanzar un peinador colocado á los pies del lecho, hubo de volverse de espaldas al espejo. Este movimiento, perfectamente natural, fué causa de que no pudiese ver la joven algo muy interesante. En efecto, en el balcón acababa de alzarse una sombra. Sombra que tenía dos ojos negros, brillantes y vivos, cuya mirada pretendía atravesar la madera de la persiana y la tela de la cortina para observar lo que pasaba en la semi-obscuridad de la habitación.

Pero Amy no había visto nada. Acababa de ponerse una camisa á la judía, cerrada en el cuello y sin mangas, muy en moda entonces, y se preparaba á subir al lecho en demanda de un descanso reparador, cuando el ruido sordo de un golpe seco resonó en el hotel, deteniendo los movimientos de la joven al borde de la cama.

Con un pie en el aire, en la misma postura en que la sorprendió el ruido, permaneció Amy cerca de dos minutos, sin atreverse á hacer movimiento alguno, esperando, más sorprendida que temerosa, y atento el oído para discernir la naturaleza del rumor, en caso de que se produjese.

El hotel parecía sumido en el silencio más profundo; nada de ir y venir de criados, nada de esos mil ruidos matinales que indican el despertar de una casa; hasta la calle misma parecía más muda que de costumbre, como si fatigado de los placeres de la víspera, París entero estuviera entregado al descanso.

— Ese golpe — pensaba Amy — ha sonado en el despacho del marqués. ¿ Habrá vuelto ya ?

Sin detenerse á pensar en la probabilidad de un error por su parte, Amy se envolvió apresuradamente en el peinador de franela blanca puesto á los pies del lecho y que á falta de botones cerró ella con un alfiler de oro; hecho esto, salió al corredor marchando con precaución por la banda de alfombra que lo cubría en el centro. Llegada á la puerta que comunicaba con la habitación de Edmée detúvose un instante para escuchar ansiosa.

— Duerme; — se dijo. — Desde aquí oigo su respiración igual y sosegada...

Reanudó enseguida su marcha con iguales precau-

ciones, y ya no se detuvo hasta llegar á la puerta del cuarto del marqués.

Allí le esperaba otra sorpresa. La puerta no estaba cerrada. Un rayo de luz pasaba entre la hoja y el jambaje.

— Alguien hay ahí; — pensó Amy. — Acabo de oír ruido de papeles...

Por un instante, Amy pensó en preguntar: « ¿ Es usted, buen papá ? » Pero la prudencia le aconsejó ser indiscreta y deslizando la mirada por el hueco libre examinó rápidamente el interior del cuarto. La emoción que la joven experimentara en aquel momento estuvo á punto de venderla. Rehízose sin embargo, llevó las manos á su corazón como para ahogar el rumor de sus latidos violentos, y murmuró con voz apenas perceptible.

— ¡ Un hombre enmascarado !... ¡ Un hombre enmascarado !... ¿ Por dónde ha podido introducirse ?

Corpo-Santo, temeroso de una sorpresa y en la seguridad de poder huir sin ser reconocido, había en efecto recubierto su rostro con el antifaz colorado que usara en el baile.

La primera impresión experimentada por Amy lo fué de debilidad y de temor á la vista de un hombre enmascarado, y preguntábase, no sin motivo, por dónde había podido llegar hasta ahí aquel individuo, puesto que las ventanas del cuarto del marqués estaban enrejadas, y ella recordaba haber cerrado perfectamente la puerta del Hotel. ¿ Qué hacer ? ¿ Qué partido tomar ? ¿ Despertaría á su hermana ? Entre ambas bien podían echar de allí al intruso y aun defenderse contra él si se atrevía á resistir. Pero no; no era cosa de asociar á Edmée á los peligros probables en aquel trance. En el ánimo de Amy se hizo la calma; recobró la joven su sangre fría y con ésta la seguridad en sí misma y el desprecio del peligro, única herencia que á sus hijas legara la estoica argelina. Antes pues de que una nueva indecisión, un momento de flaqueza la privase de sus alientos, Amy, jugándose el todo por el todo, abrió de par en par la puerta.

Ya sabemos el efecto que su aparición produjo. Tan inesperado era este efecto, que la joven permaneció muda, olvidada de lo que debía hacer y decir, mirando

alternativamente al mueble turco desfondado y al hombre del antifaz cuyo terror no alcanzaba ella á explicarse, porque de ningún modo podía ocurrírsele que su sola presencia pudiera causar el mismo efecto que la aparición de la célebre cabeza de Medusa. Oía Amy hablar al intruso, y las palabras de éste resbalaban en sus oídos sin impresionar el cerebro.

— Es un loco — se decía — es un loco. Peor que peor. Yo hubiera preferido un malhechor.

Peró de pronto las palabras, los gritos enigmáticos del extranjero adquirieron cierto sentido, se relacionaron en la mente de la joven con algo conocido por ella.

« Argelina... dinero del hijo legítimo... No quiero batirme contigo, rabiosa... » Indudablemente, todo esto parecía concordar con los detalles de la lucha sostenida entre Malaquea Sabielo y su asesino, lucha que tantas veces refirieran á las huérfanas el viejo Akmet y su digna esposa.

Mediáanse con la mirada Amy y el conde de Corposanto.

Él, acurrucado en un rincón, tenía dilatadas las pupilas y su boca espumeaba, repitiendo :

— ¡Es ella!... ¡la argelina!... Sí, la reconocería entre mil á esa rabiosa... Tiene su peinador... ¡y su herida, su herida!...

El peinador de Amy, algo abierto por arriba dejaba ver la marca que la joven llevaba en el cuello desde su nacimiento, apenas velada por el cuello de la camisa. En aquel momento era en realidad el vivo retrato de su madre, la intratable mora, tanto más cuanto que como consecuencia de las ideas que atravesaban por su cerebro miraba al violador del tesoro con ojos incandescentes, procurando, aunque en vano, descubrir lo que se ocultaba tras de aquel antifaz rojo.

— ¡Si fuera él! — pensaba. — Tal vez es el hombre infernal que Alí encontró en las Indias y á quien busca ahora en Francia.

La situación entre Amy y Enrique era violentísima, y no resultaba posible prolongarla, sin provocar un choque ó una explicación.

Amy fué quien rompió el fuego, diciendo con aquella

fresca voz que la caracterizaba y que en vano pretendía hacer dura en aquel momento :

— ¿Quién es usted? ¿Cómo se ha introducido usted en esta casa, y qué es lo que viene á buscar en ella?

Triple pregunta verdaderamente cándida, puesto que un hombre que se cubre la cara para entrar en una casa prueba al hacerlo que abriga torcidas intenciones y que desea conservar el anónimo.

— Aunque ya sé, — añadió la joven en tono burlón. — Sin duda quería usted sacar de la caja del marqués el dinero necesario para la compostura de ese péndulo roto por usted...

Y al decir esto señalaba con el índice los pedazos en que se dividiera al romperse el conclave de los dioses indios.

El sonido melodioso de la voz de Amy, llegaba á los oídos del hombre enmascarado como suaves notas de dulce melodía, á través de la cual perdían su dura significación las palabras de la joven. Ya desde las primeras palabras de ésta hubo de cambiarse en sorpresa la expresión locada de la fisonomía del conde y esta sorpresa trocóse á poco en una especie de satisfacción, que, al terminar Amy su pregunta, llevó hasta los ojos del hombre una mirada de inteligencia y de lujuria, de tal modo ardiente, que la joven, á su pesar, hubo de estre-
mecerse.

— ¿Será posible — pensaba el conde — que no me deshaga nunca de estas horribles pesadillas? ¿Dónde tendría yo la cabeza para equivocarme de ese modo? ¡Como si los muertos resucitaran!... Esta es la hermosa Amy de Kerhiroët en persona. Si el diablo me envía á la vez cro y amor es que ha oído mi invocación... ¡Pues señor, de buena me he librado! Si me descuido, el miedo á la rabia me hubiera hecho rabiarse de veras...

Enjugó con el dorso de la mano el sudor que la angustia y la fiebre hicieran brotar de sus sienas, y dando un paso hacia adelante, enderezado ya el gallardo busto, con voz ligeramente temblorosa, aunque no á causa del miedo, dijo con tono de orgullosa altanería.

— Razón tiene usted para enojarse conmigo, señorita. Venir ante todo á saludar el tesoro ahí encerrado, es

hacer un ultraje á la belleza de usted... Pero quiero disculparme; permítame que le asegure que al entrar en esta casa mi intención era la de cumplimentar debidamente y en primer término á la dueña de mi corazón y de mis sentidos, que es usted, señorita...

A cada paso que el enmascarado daba hacia adelante, Amy retrocedía otro. El brusco cambio que se operara en la actitud de aquel hombre producíale sensación de angustia indefinible, y á medida que las libres palabras del conde Enrique llegaban á sus oídos, el desdén, la indignación y la vergüenza apoderábanse en absoluto de su ánimo, reflejándose al punto en su rostro que iba cambiando de color y de expresión mientras ella se decía con ansiedad:

— Esa voz no me es desconocida... ¿Dónde la he oído yo?

Avanzaba cada vez más el hombre, continuando el tema de sus amorosas declaraciones. Entonces comprendiendo que no le sería posible hacer algo de más provecho, Amy señaló la puerta, y dijo al mismo tiempo:

— ¡Ni una palabra más!... Salga usted en el acto; llévese lo que haya tomado, se lo cedo, le perdono, á condición de que se vaya usted enseguida.

— ¿Irme yo? — dijo él riendo. — ¡Qué disparate! Usted misma me tomaría por un mal educado si lo hiciera. Cuanto al regalito y á su perdón, un millón de gracias; pero conste que no me hacían falta alguna.

— ¡Salga usted ó llamo!

— ¿De veras? ¿Y á quién llamará usted, hermosa? ¿se puede saber? No hay en el hotel alma viviente...

Amy no sabía mentir.

— Está mi hermana; — murmuró.

— ¿Conque también la hermanita? Bueno, pues que venga si quiere. Por mucho pan...

Hallábase el conde en aquel momento casi tocando con Amy, á quien el cinismo de aquel desconocido tenía verdaderamente confundida. Viendo que iba á poner la mano sobre ella, la joven balbuceó, apoyándose en la pared:

— ¡Desdichado, no me toque usted!

Advertencia inútil. Sin hacer de ella el menor caso, el conde devoraba con la vista á su víctima, sin cuidarse

de disimular el horrible y carnal deseo de que parecía hallarse dominado.

— ¡Vaya un adorno extraño! — murmuraba con voz entrecortada tratando de tocar el collar rojo dibujado en la garganta de la joven.

— ¡No me toque usted! — repitió ésta rechazándole. — ¡Me inspira usted horror!

¿Creyó Amy que era llegada para ella la hora de defenderse? Tal vez. Ello es que no teniendo arma alguna al alcance de su mano, arrancó de un tirón el largo alfiler de oro que sujetaba los pliegues de su peinador. Advirtió el conde el movimiento, y le dijo con el mismo tono de siniestra burla:

— No hay rosa sin espinas, dice el proverbio; ¿qué más puedo yo desear?

Dicho esto avanzó resueltamente y con rápido movimiento rodeó con sus brazos el talle flexible de Amy buscando con avidez los labios de la joven para unir á ellos los suyos ardientes de lubricidad.

Pero las hijas de Malaquea Sabielo no eran delicadas muñecas prontas á amilanarse: corría por sus venas, mezclada por iguales partes, la sangre corsa del autor de sus días y la árabe de aquella mujer esforzada que les diera el ser. Por eso cuando Amy se sintió objeto de la rijosidad de aquel monstruo, decuplada su fuerza por la cólera que le inspiraba el hecho de verse tan cobardemente violentada, dió al desconocido dos tremendos bofetones logrando al mismo tiempo arrancarle el antifaz de terciopelo rojo.

— ¡El conde de Corpo-Santo! — gritó ella con soberano desprecio. — Me lo figuraba; ¿cómo había de engañarme mi corazón?

La cara de Enrique aparecía en aquel momento como congestionada, sin reflejar la calma imperturbable que era su característica en casi todas las circunstancias de su existencia, pero nada tampoco que permitiera presumir que uno de sus terribles accesos de furor iba á dominarle de un momento á otro.

— Conde ó bandido, — dijo mascullando sus palabras, — noble ó villano, necesito que me pertenezcas y serás mía, de grado ó por fuerza, hermosa.

De nuevo dió un paso hacia adelante, dispuesto á reanudar la lucha, pero vióse obligado á retroceder con tal brusquedad que sus cabellos se descompusieron dejando la frente al descubierto. Amy acababa de extender el brazo, y el alfiler de oro habíase hundido en el pecho del conde pocos centímetros más abajo del corazón.

— ¡Ah, víbora! — dijo él sujetando con férrea mano las muñecas de la joven al mismo tiempo que una oleada de sangre coloreaba aún más su rostro ya congestionado. En él clavó Amy la vista, y un movimiento de invencible horror sacudió de pronto su cuerpo grácil, mal cubierto por el flotante peinador de lana.

— ¡La mordedura! — balbuceó la joven haciendo esfuerzos desesperados por escapar á la presión formidable de aquellos puños de acero. — ¡La mordedura!

En la frente descubierta del conde, aparecía en efecto, rugosa y blanquecina la cicatriz tan bien descrita poco tiempo antes por Ali-Akmet.

— ¡Cobarde, más que cobarde! — seguía diciendo Amy. — Usted es Enrique, el asesino... La marca del crimen es imborrable... ¡Asesino de mi madre!

En el rostro del conde se reflejó, apenas pronunciara la joven estas palabras, la terrible expresión de sanguinaria ferocidad que precediera siempre á la comisión de cada uno de sus crímenes.

— ¿De tu madre? ¿Has dicho de tu madre? — preguntaba atenazando las pobres muñecas de la joven. — En ese caso tú eres mi hermana... ¡Bien decía yo que tu cara me recordaba algo!... Hace un momento me creí víctima de una pesadilla, al verte aparecer... ¡Ahora comprendo! Sí, debes decir la verdad... En fin, peor para tí... sabes tú demasiadas cosas, y eso no me conviene. Además, eres demasiado hermosa para no morir joven...

Diciendo esto sacó la navaja, y la abrió con los dientes. Sin cólera, en tono frío que denotaba lo inquebrantable de su resolución siguió hablando de este modo:

— Voy á hacerte un gran servicio, evitándote todo lo que en la vida aguarda á las que como tú, son bellas y orgullosas.

La vista de la azulada hoja de acero produjo en la joven

el mismo efecto hipnótico de siempre. El terror se apoderó de ella hasta tal punto que llegó á paralizarle en absoluto la lengua y los miembros todos. No era una persona, sino una masa, una cosa pensante pero incapaz de defenderse ni de llamar en su auxilio.

Tomóla Corpo-Santo por los cabellos para echarle hacia atrás la cabeza de modo que quedasen hinchadas las arterias del cuello, y entonces pudo contemplar el collar sangriento dibujado en la garganta alabastrina.

— Con un guía como este, — murmuraba examinándolo de cerca, — ¿qué mérito puede tener mi trabajo? Si parece que un pintor se ha tomado la molestia de trazar la línea que debe seguir mi navaja!...

En realidad de verdad Enrique se hallaba bajo el imperio de una endiablada locura de destrucción que lo convertía en un ser aparte, dentro de la especie humana, en una individualidad clasificable entre los insensatos ó entre los locos más ó menos atávicos. Si alguien le hubiese dicho que se equivocaba creyendo realizar obra de salubridad social cada vez que asesinaba, habríase mostrado en extremo sorprendido.

Dirigiéndose de nuevo á la joven hubo de decirle:

— Tranquilízate, que no he de hacerte sufrir.

Y levantando la navaja, puso los labios en la frente de la víctima, y después de besarla murmuró cínicamente:

— Conque adiós, hermanita.

Entonces ocurrió una cosa extraña. En el momento mismo en que Amy recibía el golpe de aquella hoja homicida, sus ojos, demesuradamente abiertos, se volvieron del lado de la ventana, y su lengua, hasta entonces paralizada, movióse para pronunciar estas palabras:

— ¡No estaba solo!

Volvióse el conde rápidamente, y de un salto se plantó junto á la ventana tras los cristales de la cual le pareció ver que pasaba una sombra. Quiso abrir, y le fué imposible.

— ¡Maldición! — rugió. — ¡Ha habido un testigo!

Por un instante permaneció perplejo, anonadado por aquella coincidencia imprevista. Vuelto sin embargo al sentimiento de la realidad, acercóse á la joven cuyo cuerpo reposaba inerte sobre la alfombra.

Corpo-Santo estaba en aquel momento tan pálido como su víctima, y el fuego que poco antes ardiera en sus pupilas parecía extinguirse poco á poco.

— Precisa que me escape antes de que cunda la alarma; — dijo, mientras que sus labios se plegaban con amarga sonrisa. — Esta era hermosa como ella sola, y fuerte, y brava. Pero me pegó, como su madre, y como ella lo ha pagado.

Amy parecía dormir en el suelo, mal envuelta en el albo peinador de lana. Los cabellos le formaban como una auréola en torno de la frente, y el collar de siniestro augurio, como si hubiese de pronto adquirido vida, rezumaba un poco de púrpura líquida que iba cayendo gota á gota en los bordados de la camisa y tiñéndolos de rojo.

IX

REGRESO DE VIAJE Y REGRESO DE FIESTA

Cuando Flavia, después de hacer sus últimas recomendaciones á su padre encontrado en circunstancias tan excepcionales, se dejó caer desde la cresta del muro en el interior del parque del hotel de Kerbiroët, encontróse, como poco antes se encontrara Corpo-Santo, en la terraza de circunvalación, y le bastó con inclinarse un poco para descubrir en la arena de la misma, la huella de las pisadas del desconocido. Siguiéndolas con prudencia, pero sin vacilaciones, llegó la mulata hasta la puerta de la cocina, por la que se introdujo con exceso de precauciones, encontrándose un momento después al pie de la escalera de servicio, por la que acababa de subir el hombre á quien perseguía.

Flavia, que quería ver sin ser vista, siguió andando hasta dar con la escalera principal; en la meseta del primer piso reparó en una puerta-ventana que abría sobre un balcón, ancho y corrido, que más parecía terraza común á varias habitaciones, á las cuales podía entrarse desde él, y resueltamente, procurando ahogar todo ruido, abrió aquella ventana, salió al balcón, unió como pudo las hojas de la puerta, y dióse á recorrer lo que ella hubo de llamar camino de ronda, temerosa tan sólo de que el sol, que daba ya de lleno en aquel sitio, pudiera descubrir su presencia á las gentes del hotel.